

La Eucaristía, asamblea en la que los hombres se abren a su verdadero deseo como deseo de libertad

M. ABDÓN SANTANER

5. Asamblea eucarística y verdad del deseo de libertad en el hombre

La Eucaristía es una Asamblea.

EU/ASAMBLEA: Esta afirmación nunca ha tenido problemas, pues

normalmente se ha hablado de la asamblea eucarística.

Pero las cosas no están tan claras al tratar de precisar en qué consiste esta asamblea. Espontáneamente vemos en ella una asamblea

religiosa. ¿Pero es cierto que la asamblea eucarística es solamente una

reunión de gente que quiere meditar, reflexionar, orar? Todas estas

cosas, por otra parte muy laudables, pueden realizarse en un marco que

no implica de modo alguno la celebración de la Eucaristía.

En regiones que se distinguen desde hace mucho tiempo por la práctica eucarística, la asamblea del domingo se identificaba a veces

con la reunión de la gente del pueblo. La Misa era el lugar donde se

encontraba toda la comunidad. Asamblea eucarística y asamblea

comunal se identificaban.

Esta práctica, aunque hoy en día parezca desusada o impensable, nos invita a tratar la Eucaristía sin prescindir en ella de este movimiento natural que lleve a los hombres a reunirse. Para poder decir algo claro sobre la Eucaristía como Asamblea, volveremos, pues, en primer lugar, hacia el acontecimiento de la institución de la Eucaristía por Jesús. Allí es donde debemos intentar comprender qué diferencia hay entre la asamblea eucarística y el resto de las asambleas posibles. Después de precisar estas cosas, podremos ver cómo la asamblea eucarística responde a la experiencia de los hombres y será entonces posible reconocer a la asamblea eucarística como un horizonte para el hombre en cuanto éste es un ser político.

Tres temas de reflexión:

- 1) El acontecimiento original.
- 2) La experiencia en nuestra vida humana.
- 3) La Eucaristía como Asamblea en la que el hombre se inicia en la libertad.

El acontecimiento original

La institución de la Eucaristía ha dado lugar a tres relatos casi idénticos en los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas. Con todo, es interesante resaltar algunas pequeñas diferencias.

En los relatos de Mateo y de Marcos, la institución de la Eucaristía se

sitúa entre el anuncio de la traición de Judas y el anuncio de las negaciones de Pedro (1).

En el relato de Lucas, la institución de la Eucaristía precede a

ambos
anuncios (2). Además Lucas introduce entre los dos una
ampliación que
Mateo y Marcos colocan en otro lugar (3). Se trata de la
respuesta que
da Jesús a los discípulos cuando éstos se preguntan cuál de
ellos debe
ser considerado el mayor...
Lucas coloca en el contexto de la institución de la Eucaristía un
episodio que los otros sinópticos ponen en otro lugar.
¿Debemos pensar
que trata de subsanar un simple olvido? No lo parece.
En efecto, Lucas alarga la respuesta de Jesús sobre quién es el
mayor con una ampliación que se inscribe directamente en el
marco de
la cena de la Pascua:

«Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis
pruebas;
yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi
Padre lo
dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi
Reino y os
sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.» (4)

No ciertamente sin intención deliberada ha colocado Lucas este
enunciado en su relato de la última cena. La cuestión se refiere
al comer
y beber en la mesa del Reino, que es de lo que hablaba Jesús
un
momento antes. Pero en este enunciado, la evocación del Reino
es una
evocación del poder. Jesús pone el poder en manos de los Doce
del
mismo modo como él lo recibe del Padre. Esta entrega del
poder a los
Doce, precedida de la frase en que Jesús dice: «Vosotros sois
los que

habéis perseverado conmigo en mis pruebas», adquiere todo su sentido. Jesús entrega el poder a los Doce como el Padre se lo ha entregado a él, porque los Doce han permanecido con él como permanece con él el Padre (5). La institución de la Eucaristía es así la institución de los Doce como Asamblea en la que los Doce son uno como Jesús es uno con su Padre. En ella, Jesús hace existir a los Doce como grupo en el que son uno (6). El ser uno de este grupo, no le viene de que haya sido designado un jefe para que, una vez partido el maestro, todos se alineen según sus ideas, sus opciones o sus decisiones. Dos versículos antes, Jesús ha subrayado que este género de relaciones no debe existir entre sus discípulos (7). El ser uno de este grupo le viene únicamente del hecho de que, habiendo permanecido con Jesús en sus pruebas hasta el final, los miembros de este grupo reciben juntos, como grupo, el poder que Jesús mismo ha recibido del Padre. Ninguna palabra es suficiente para recalcar esta manera de Lucas de reconstruir el acontecimiento original. Al integrar en este pasaje las palabras en que Jesús habla del poder, Lucas da luz sobre la originalidad de la Eucaristía como Asamblea. El, que unas horas más tarde, nos va a presentar a Jesús presa de la angustia en el huerto de Getsemaní (8), le hace hablar aquí como hombre que ha asumido plenamente su destino humano.

Serenamente,
Jesús se entrega a sí mismo con toda su persona (cuerpo y sangre) en manos de sus discípulos. Entregado en sus manos, les hace uno por el poder que en adelante tienen sobre él. Ninguna cláusula restrictiva limita ese poder. Ese poder les es entregado como ha sido entregado al Hijo por el Padre.
Jesús supera su propia angustia porque se ha entregado a aquellos que han permanecido con él en sus pruebas. Jesús cree en los Doce que han creído. Pone el poder entre su manos por un acto de fe, del mismo modo que, por un acto de fe, ha puesto entre sus manos su propia persona. Por este acto de fe, les ha constituido en Asamblea, exactamente igual que, por ese mismo acto de fe, ha instituido la Eucaristía.
De esta manera podemos ver dónde se encuentra la consistencia propia en la asamblea eucarística
Esta Asamblea extrae su ser uno del acto de fe por el cual Jesús se ha entregado a los Doce y por el acto de fe mediante el cual cada uno de los Doce responde al acto de fe del maestro. Esta asamblea existe como asamblea por la reciprocidad de la fe. Para que esta asamblea exista, Jesús entrega su propio poder a aquellos que van a ser sus miembros. Con ello atestigua que desea su libertad tan

intensamente

como ha deseado la suya propia. La asamblea eucarística extrae su ser

uno de esta libertad que Jesús ha deseado ardientemente para todos

los seres humanos, hombres y mujeres, que un día serán sus miembros.

«Si quieres...» (9).

Con esta proposición comienza Jesús todos los diálogos en que invita

a su seguimiento. Al final del discurso del Pan de vida, Jesús va incluso

más lejos. A quienes habían empezado a seguirle, les pregunta: «¿Vosotros también queréis marcharos...?» (10)

Jesús nunca intentó alistar, ni contratar, ni hacer un regimiento o

reclutar a nadie. Nunca soñó que sus discípulos fuesen un ser uno

formando un cuerpo sólido, un comando aguerrido, una falange disciplinada, un conjunto irrompible... Cuando Jesús reúne a la gente en

su seguimiento, no aspira a instaurar un ser uno que dé calor porque en

él se esté muy unido o porque tenga asegurado un buen jefe.

Jesús

reúne a la gente en un ser uno cuya primera particularidad es el estar

«libremente unidos» en él. Este ser uno es el del Reino en el que el

Padre, el Hijo y el Espíritu están «libremente unidos» porque el Padre,

en el Espíritu, entrega todo poder al Hijo y porque el Hijo, en el Espíritu,

restituye todo poder al Padre.

Lo propio de la Eucaristía como Asamblea no es que haya allí un determinado número de personas que rezan, meditan,

reflexionan y comulgan juntos... Como Asamblea, lo propio de la Eucaristía reside en el hecho de estar «libremente unidos». Esta libertad de todos no es independiente de cada uno en relación a los demás. Cada uno está allí por un movimiento de su propia voluntad. Pero este movimiento de la voluntad es el mismo en todos: es la voluntad de permanecer constantemente con Jesús en sus pruebas. La Asamblea eucarística, caracterizada esencialmente por el hecho de que sus miembros han venido sabiéndose hombres y mujeres «libremente unidos», no es prioritariamente una asamblea religiosa. Lo que allí acontece no pertenece en primer término al orden del culto, ni va en la línea de las devociones. La asamblea eucarística es, en primer lugar, una asamblea que pone en juego la libertad. En este sentido, llamando a las cosas por su nombre, la asamblea eucarística es primero y esencialmente una asamblea política. En ella se interroga al hombre acerca de su deseo de libertad.

La experiencia en nuestra vida humana
Parte de mi infancia, la viví integrado en una pandilla: una pandilla de barrio, popular, y estábamos contra otra pandilla del centro, burguesa.
Los jueves luchábamos en el cauce seco del río Agly; los domingos nos sentábamos juntos en los mismos bancos para oír misa.

Teníamos fe en la pandilla. A veces ocurría que, mientras yo rezaba intensamente para obtener la victoria en la batalla que iba a librarse al día siguiente, mi amigo Andrés, que pertenecía a la banda rival, rezaba también para conseguir el resultado contrario. El peor de los castigos, para nosotros, era el no poder salir de casa cuando sabíamos que había que ajustar alguna cuenta. De esta época, me ha quedado para siempre el sabor de la libertad.

H/SER-SOCIAL: El asociarse, constituirse en grupo, en equipo, en asociación, en partido, es una dinámica normal entre los hombres. El hombre es un ser social. Al margen de la vida social, el hombre termina desapareciendo.

Y es que, precisamente, el primer reflejo al que el hombre obedece al meterse en un grupo es el de existir como hombre. Asociarse con otro significa adquirir el máximo de posibilidades para superar los obstáculos, romper esclavitudes y lograr todo tipo de proyectos. Cuando un hombre se asocia con otros, lo hace empujado, por lo menos de un modo confuso, por su deseo de libertad.

Y sin embargo, la experiencia demuestra que la vida de grupo fácilmente se convierte en un lugar donde el hombre, en vez de crecer en libertad, se abandona y dimite.

GRUPO/PELIGROS: Basta que un grupo atisbe en el horizonte la

sombra de un competidor, de un adversario o, peor aún, de un enemigo, para que sus miembros dejen de pensar por sí mismos y no deseen otra cosa que cerrar filas. ¡Pobre del que, en esos momentos, se pone a discutir las órdenes! No hacer piña es ya una traición. La palabra unidad, la consigna de ser uno, se convierte en un imperativo ante el cual la palabra libertad deja de tener sentido. Este movimiento hacia el ser uno procede del miedo: miedo al fracaso, miedo a no ser el más fuerte, miedo a dejar de existir. Este miedo puede llevar a los miembros de un grupo a hacer tabla rasa de las libertades más fundamentales. El mito de la seguridad nacional legitima la represión más brutal en los regímenes militares de América latina. El mito de la solidaridad socialista justifica la ayuda de los países hermanos incluso cuando ésta se expresa con el envío de carros blindados. El mito de la unidad ideológica justifica el encarcelamiento de quienes deben ser reeducados de cara a su rehabilitación, sea en la sociedad laica, sea en la sociedad religiosa cuando existían el Santo Oficio o la Inquisición. Despreciar la libertad en sus formas más esenciales para asegurar la unidad del grupo, tal vez corresponda a una cierta necesidad humana: sentirse fuerte, sentirse acogido, sentirse seguro... Pero al sacrificar la

libertad a tales necesidades, seguro que no se está obedeciendo al deseo más profundo del corazón humano. Testigo de ello son los miles de personas que se han resistido a ello a lo largo del tiempo. En la profundidad del corazón humano existe una llamada, que todo hombre escucha misteriosamente, a ser para sí la fuente última de las decisiones que le conciernen. Es cierto que no faltan y que siempre existirán individuos que toman la opción de dejarse conducir por los demás. Algunos dimiten de este modo porque se les ha inculcado como valor supremo la pasión por el orden; otros lo hacen porque se les ha convencido para que se limiten a buscar el bienestar. Pero en todos los casos se trata de una abdicación. Han tomado la opción de ignorar su verdadero deseo de hombre o de mujer. El ser uno al que se han resignado, es el ser uno de los embrutecidos ojos de los arenques en lata, todos en fila. Es un ser uno de muerte. Este ser uno, conseguido por hombres que han renunciado a vivir su deseo de libertad, no les transforma en Asamblea. Les transforma en cementerio. Cuando los bautizados se reúnen para la Eucaristía, se asoman a un ser uno. Haría falta todavía que este ser uno al que tienen acceso no fuese el precio de la renuncia a su deseo de libertad. Tal vez deberíamos deplorar aquí que una disposición establecida

hace varios siglos por motivos ajenos a la celebración misma
haya
hecho de la asamblea eucarística del domingo una asamblea a
la que
uno está obligado a ir «bajo pena de pecado mortal»». Los
restos de
esta situación aberrante seguirán golpeando todavía durante
mucho
tiempo el subconsciente y les hará difícil a muchos llegar a
comprender
realmente lo que es la Asamblea Eucarística.
La Asamblea Eucarística es una asamblea de hombres y
mujeres
para los que ser uno se desprende de su conocimiento de que
son
libres con la libertad con la que Cristo les ha liberado. Al
entregarles el
poder entre sus manos, como el Padre lo puso entre las suyas,
Cristo
hace de quienes celebran la Eucaristía una Asamblea de gente
«libremente unida». Son elegidos. Pero son elegidos que han
hecho una
opción. Están allí porque creen en Jesús. Ninguno se obligaría a
estar,
ni podría ser obligado a ello, si no obedeciese a su propia fe.
Estableciendo un lazo entre el acontecimiento original de donde
la
Eucaristía viene y la experiencia de la vida humana, estas
reflexiones
permiten comprender que la Eucaristía, como Asamblea, no
está
desligada de los impulsos internos que empujan al hombre. Por
el modo
de realizarse el ser uno, la Eucaristía se convierte en revelación
hecha
al hombre de su más profundo deseo de hombre.

La Eucaristía, iniciación para el hombre en su verdadera libertad

No hay Eucaristía sin asamblea. Pero debe tratarse de una verdadera

asamblea, que realiza el ser uno de sus miembros. No hay Eucaristía sin

ser uno...

De hecho, la gente que forma la Asamblea eucarística es a menudo

gente muy opuesta: ideas sentimientos, intereses, ideologías, proyectos...

Si esta gente vive en la lógica de la Eucaristía, nadie entre ellos domina sobre nadie. Nada le permite a ninguno, ni siquiera al celebrante, aprovechar la reunión para predicar sus ideas, sus intereses, sus sentimientos, su ideología, su proyecto.

Esto explica por qué la Asamblea eucarística no puede a veces constituirse más que por la superación de la angustia. Un

sindicalista y

un patrón pueden dudar, cada uno por su parte y por razones opuestas,

de encontrarse juntos... A un feligrés le podrá costar el ir a una Asamblea dominical en la que se da un tipo de celebración del que se

ha encaprichado el cura o el equipo litúrgico local... El ser uno de la

Asamblea no es un dato previo. Es el fruto de un camino a través del

cual se llega hasta él. Este ser uno no es, sin embargo, un fruto que se

pueda saborear de inmediato. Podemos salir de la Asamblea tan divididos como antes. En la cena en que Jesús instituyó la Eucaristía,

entregó su poder a unos discípulos que discutían acerca de quién sería

el jefe. Y, sin embargo, acababan de comulgar el mismo cuerpo y sangre

de Jesús... (11).

Estas consideraciones nos llevan a ver en qué consisten los pasos cuyo fruto es el ser uno de la Asamblea eucarística. Es un camino que este ser uno instauro porque se cree en él. Este ser uno, cierto, no existe en la realidad fáctica. Sabemos también que este ser uno no es posible. Pero creemos que este ser uno se establece por el mismo acto de la celebración eucarística. Este ser uno se hace posible por la fe. El ser uno de la Asamblea eucarística no brota del hecho de que los participantes vengan a ella haciendo, cada uno, tabla rasa de sus ideas, sus intereses, sus sentimientos, sus proyectos o su ideología. Los miembros de la Asamblea eucarística no son gente que hace como si nada les separase. No obedecen a la necesidad de un poco de calor afectivo durante una hora, ni a la necesidad de sentir que son muchos y, por lo tanto fuertes contra cualquier adversario eventual. Obedecen al Espíritu. El Espíritu les hace desear permanecer con Jesús hasta el final en sus pruebas... Estas reflexiones explican qué es lo que realiza el ser uno de la Asamblea eucarística; por ello mismo conducen a señalar también lo que condiciona la verdad de una tal Asamblea. El 9 de septiembre de 1980, una cadena de televisión francesa pasó dos secuencias en las que aparecía la Eucaristía. Lech Walesa, iniciador de los sindicatos libres en Polonia,

acababa

de explicar cómo la Misa y la comunión le habían dado fuerzas para

luchar, a lo largo de los años, a pesar de las amenazas, de los encarcelamientos, de los despidos... Inmediatamente después aparecía

en la pantalla el general Pinochet asistiendo a una misa el día del

aniversario de la toma del poder: con uniforme de gala, en primera fila,

acababa de recibir la comunión de manos del cardenal Henríquez.

Lo que condiciona la verdad de la Asamblea eucarística se resume

en el contraste entre estas dos imágenes.

Para que la Asamblea eucarística exista en su verdad, no basta con

que una serie de hombres y mujeres se reúnan alrededor de un altar y

con un celebrante. Los miembros de la Asamblea eucarística no son

sólo gente que se reúne. Son gente a la que Dios reúne. El hecho de su

presencia física alrededor del celebrante no prueba que hayan sido

reunidos por Dios. No son reunidos por Dios más que si su presencia

alrededor del sacerdote es el hecho del Espíritu que les concede querer

permanecer hasta el fin con Jesús en sus pruebas. Y la última prueba de

Jesús es el abandono que sufre por parte de su pueblo por haber

deseado la libertad de todos los hombres con el mismo deseo con el que

deseaba su propia libertad. Sólo son miembros de la Asamblea eucarística aquellos que participan en ella consintiendo, en su

vida

concreta, en hacer que este deseo de Jesús se convierta en el suyo

propio. Voltaire cumplía con Pascua con ostentación delante de sus

criados. Quería evitar de esta manera que alguno de ellos, dejando de

temer la justicia de Dios, tuviese la idea de robarle... Su presencia en la

Misa, ¿hacía de él miembro de la Asamblea eucarística?

Tomándola en toda su verdad, la Asamblea eucarística se transforma

en un interrogante para aquellos que se prestan a vivirla en su dimensión política. Todos podemos aprender en ella lo que cuesta

desear ardientemente una libertad que no sea únicamente nuestra sino

libertad de todos.

Cuando el evangelista Juan quiso hacernos partícipes de su experiencia de la última cena hecha con Jesús, concentró toda su

atención en un único episodio: el lavatorio de los pies.

EU/LEY-FUNDAMENTAL: Vale la pena meterse a fondo en este episodio para encontrar en él la ley fundamental de la Asamblea eucarística. En él vemos a Jesús que pone toda su libertad de «Maestro

y Señor» en reconocer la libertad de «Maestro y Señor» en cada uno de

sus discípulos. El gesto de lavarles los pies describe la Asamblea eucarística en lo que es: una anticipación, fugitiva pero no menos real,

del Reino en el que todos estarán «libremente unidos» con la libertad

misma de su Maestro y Señor, Jesucristo. Toda asamblea humana que

invoca para sí su ser uno sin atender a este ser «libremente unidos» es

una asociación cuyos miembros han renunciado a ser verdaderos hombres y mujeres. Han perdido el sentido de la dimensión política de la existencia. En la Asamblea eucarística todos, hombres y mujeres, saborean algo de ese ser uno que la humanidad se ha propuesto. Participan anticipadamente, por la fe, en el ser uno del Reino. En el Reino, el Padre, el Hijo y el Espíritu son uno porque el Espíritu es el deseo con el que el Padre y el Hijo desean, cada uno, la libertad del otro. La solución del enigma que plantea la Eucaristía como Asamblea en la que el hombre despierta a su verdadero deseo de libertad, hay que buscarla en el corazón del misterio trinitario.

6. Asamblea eucarística y pedagogía del deseo de libertad

Como Asamblea, la Eucaristía cuestiona al hombre en el plano de lo político. Lo político engloba todas las actividades a través de las cuales los hombres aseguran su destino colectivo con vistas a su ser uno. ¿Pero se viven estas actividades de acuerdo con el deseo de libertad que hace del ser humano un hombre o una mujer? ¿O regulan los problemas de ese ser uno de modo que obligan al ser humano a hacer tabla rasa de

su deseo de libertad?

Estos son los interrogantes que la Eucaristía plantea, como Asamblea, cuando quienes la celebran se dejan iniciar para su ser uno

en el deseo de una verdadera libertad.

Pero la Eucaristía no es sólo una iniciación a partir de la cual el hombre se interroga. Es también viático.

De la obsesión por un ser uno buscado por su calor afectivo o para

ser más fuertes, hay que pasar a la pasión por un ser uno que permita a

todos estar libremente unidos. Este camino es largo, y se necesitan

provisiones para hacerlo.

Antes de instituir la Eucaristía dijo Jesús:

«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes

de padecer»...

La Pascua de la que habla Jesús aquí es la de la superación de su

propia angustia (12): la pasión está ahí, como una amarga copa que hay

que beber (13). Jesús no desea ardientemente esta copa, sino no

beberla solo, hacerlo en compañía de aquellos que han permanecido

con él.

Al hacer esta declaración, Jesús remite a sus discípulos a la dura

sucesión de pruebas sufridas por sus antepasados a lo largo de la

historia. Estas pruebas fueron la pedagogía por la que Dios hizo progresar a Israel hacia el ser uno de un pueblo libre.

En cuanto Asamblea, la Eucaristía es el lugar adecuado para una

pedagogía semejante. Ayuda a dar el paso desde una libertad que sería

sólo independencia hasta el deseo de una libertad vivida
juntamente con
otros, en una libertad para todos.

Para clarificar esta pedagogía tomaremos de nuevo, en primer
lugar,
la experiencia bíblica en su conjunto. Esta experiencia concluye
con el
anuncio que Jesús hace del Reino de Dios. La Eucaristía es el
viático
para el camino que hay que hacer hacia ese Reino.

Tres temas de reflexión:

- 1) La experiencia bíblica.
- 2) La propuesta del Evangelio.
- 3) La Eucaristía como viático hacia la libertad que hay que
instaurar.

La experiencia bíblica

Como Asamblea, la Eucaristía nos obliga a releer la experiencia
bíblica como experiencia de lo político; se trata de ver qué papel
ha

jugado, en la historia del pueblo de Dios, el hecho de tenerse
que tomar

a sí mismo como tarea en el ser uno de un mismo pueblo.

Israel cree que su existencia como pueblo se la debe a Dios
mismo

(14). Este pueblo no existiría si Dios no hubiera mantenido la
promesa

hecha a Abraham. Para Israel, este origen justifica un derecho
incontestable a la libertad: Dios ha suscitado la descendencia de
una

mujer libre, Sara, prometida (15).

Varios pasajes de la historia de Israel demuestran hasta qué
punto

esta conciencia estaba viva en todos. Los hijos de Jacob
llegarán

incluso hasta hacer desaparecer a su hermano José porque, con
esos

sueños que le ensalzaban, se había convertido en una amenaza para la libertad de los demás (16). Desde el grito de los hijos de Israel reducidos a esclavitud por el Faraón en Egipto (17) hasta los altercados entre tribus que se disputan el liderazgo del pueblo (18), lo que se expresa en ellos es la misma conciencia de ser un pueblo libre. Quieren permanecer unidos como pueblo; pero quieren también preservar el derecho de cada uno a su libertad de tribu, de clan, de familia, de individuo. A través de esta experiencia Israel constata que no es fácil asegurar un ser uno en el que puedan ser conjuntamente libres. Ya en Egipto, el pueblo había demostrado que era capaz de preferir la situación de esclavitud a la aventura que les proponía Moisés en nombre de Dios (19). A continuación, el pueblo se mostrará preparado para renunciar a la libertad, para garantizarse una mayor seguridad bajo una autoridad fuerte. Es lo que les ocurre en el desierto, cuando se echan a temblar ante la idea de tener que luchar contra los gigantes (20). Y lo mismo más tarde, cuando las incursiones de los vecinos se convierten en una constante amenaza (21). La necesidad de asegurar a cualquier precio su ser uno, llevará a los hijos de Israel a pedir un rey al profeta Samuel (22). En este proceso, actúan por miedo. Quieren un jefe que les obligue a luchar (23). Se

resignan a garantizar su ser uno recurriendo a un jefe que decida por todos, aunque sea a costa de la libertad a que cada uno tiene derecho (24).

Los profetas critican esta búsqueda del ser uno en la que dejan de ser conjuntamente libres. Para ellos, este proceso por el que el pueblo dimite de su libertad equivale a rechazar a Dios.

Esta es la reacción de Samuel ante los israelitas que vienen a pedirle un rey (25). Esa había sido la experiencia de Moisés en Egipto y en el desierto (26). Esa será muy especialmente la reacción de un Jeremías (27), por ejemplo.

Para los hombres de Dios, estas situaciones serán fuente de angustias (28). Cuando provocan al pueblo para que viva como pueblo libre, serán acusados de estar haciendo el juego al enemigo... Y hasta llegan a dudar. ¿No son ellos, al menos parcialmente, la causa de los desastres que azotan a su pueblo? (29).

Esta angustia de los profetas llegará a ser un día la angustia del pueblo mismo. Habrá hombres y mujeres en este pueblo que querrán hacer caso de la llamada de Dios a vivir el ser uno de un pueblo libre.

Estos hombres y mujeres llegarán a conocer la angustia. Su fidelidad a la Alianza les llevará a no querer usar contra los otros pueblos las armas de la violencia que esos pueblos utilizan contra ellos.

Esta experiencia se describe en la Biblia como el destino del Siervo

sufriente (30). La angustia del Siervo sufriente se basa en la constatación de que todo lo que tiene que soportar no sirve para nada:

«En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas» (31)

Y sin embargo, justamente a través de esta experiencia de angustia, es como los hombres y mujeres de Israel comprenderán el verdadero contenido de las promesas hechas por Dios a Abraham cuando se le dijo que de él saldrían «pueblos y reyes».

A estos hombres y mujeres les anuncian los profetas que el ser uno de las doce tribus se realizará. En el Día del Señor, serán de nuevo «libres-unidos». Pero la afirmación de los profetas insiste en un punto:

este ser uno de las tribus reunidas de nuevo en libertad será un ser uno realizado por Dios (32). Este ser uno no va a ser el resultado de la

dominación del Norte sobre el Sur o del Sur sobre el Norte.

Tampoco

será fruto de la fusión de todas las tribus en una sola. Y no resultará de

la puesta en marcha de algún tipo de estrategia o de diplomacia más

hábil que las del pasado... Este ser uno en libertad será la obra de Dios

que no cesa de decir: «Yo te reuniré».

Para los hijos de Israel que acogen esta promesa, las rivalidades

entre tribus han terminado (33). Pero también han terminado las

rivalidades con los otros pueblos (34). En Israel aparece un

nuevo modo de mirar las cosas. Se abren a la idea de una reunificación de los pueblos. Pero esta reunificación no la esperan ya de una hegemonía de las tribus de Israel reagrupadas bajo un jefe único para subyugar a los otros pueblos. Esta reunificación de pueblos la ven como el fruto de la fidelidad de Israel a vivir su misión de Siervo según el designio de Dios:

«Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra.» (35).

De esta manera se fue realizando la pedagogía de Dios a lo largo de la experiencia vivida por su pueblo como experiencia de lo político.

A través de esta experiencia, Dios fue iniciando a los hijos de Israel y con ellos al conjunto de los pueblos, para que dejaran de considerarse, unos a otros, como amenaza. El ser uno es posible a los hombres sin alinearse todos a las órdenes de uno solo. No se trata ni de la tutela del mejor, ni de la dominación del mas fuerte:

«Mira a tu rey que está llegando: justo, victorioso, humilde, cabalgando un asno, una cría de borrico... y dictará paz a las naciones.» (36)

Estas palabras del profeta Zacarías describen, en términos bucólicos, una realidad interior que se realizó en la persona de Jesús de

Nazaret:

un rey que desea la libertad de los demás con el mismo deseo con que desea su propia libertad. Es la conclusión de la pedagogía de Dios sobre el hombre para hacerle entrar en el verdadero sentido de su responsabilidad política. Los hombres y mujeres que, a lo largo de la historia de Israel, se prestaron a esta pedagogía, fueron capaces de acoger la palabra por la que Jesús hacía existir a la Asamblea eucarística. Su corazón estaba ya abierto a la perspectiva de un ser uno en el que se cumpliese la plena libertad de cada uno.

La propuesta del Evangelio

De todos los textos evangélicos, el que subraya mejor el alcance político de la Eucaristía es el relato de Juan en el discurso del Pan de Vida.

En este relato, el elemento clave es el episodio de la víspera. Jesús había multiplicado los panes; y después de esto, los que se habían beneficiado del milagro querían hacerle rey.

El relato escrito por Juan es muy claro para hacer ver desde la perspectiva de Jesús el modo como se desarrollaron los acontecimientos:

«La gente, al ver la señal que había realizado, decía:
—Este sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo.
Jesús entonces, dándose cuenta de que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez al monte, él solo.» (37)

Ciertos autores modernos han desentrañado este texto para buscar a

qué estrategia política obedecía Jesús. Varias son sus hipótesis. ¿Pensó Jesús que las cosas no estaban aún maduras? ¿Creyó que sus partidarios de ese día eran demasiado pocos? ¿Habrá que reprocharle no haber sido audaz, haber sido un hombre poco resuelto? ¿O habrá que felicitarle por no haber aceptado ser hecho rey en un territorio demasiado cercano a las guarniciones romanas de Siria?... Todas estas suposiciones revelan una imaginación perfectamente fuera de propósito. Ignoran lo esencial del comportamiento de Jesús: su voluntad de hacer la obra de su Padre, conduciendo a sus oyentes a realizar el paso hacia el Reino de Dios. El comportamiento de Jesús es aquí de orden político. Pero no se trata de política en el sentido de una estrategia o una táctica de cara a la toma del poder. Se trata de política en el sentido de una actividad en la que se busca un ser uno que logre preservar en todos la libertad, como condición esencial para el buen ejercicio de todo poder. Jesús rechaza ver a los hombres dimitir de su libertad para ponerse en manos de un taumaturgo que les da el pan para comer. Jesús no había multiplicado los panes para hacerse una clientela. La multiplicación de los panes era un signo (38). Este signo debía despertar en la muchedumbre el deseo del Reino. Atestiguaba como inminente la realización de las promesas hechas a Israel por boca de los

profetas la llegada de un ser uno de todos, en libertad para todos. Si Jesús hubiera aceptado ser coronado rey no habría estado al servicio de ese ser uno.

Para él era una eventualidad propiamente inconcebible que los hombres dimitieran en él de su libertad.

La huida de Jesús al monte, completamente solo, fue un acto eminentemente político: Jesús daba a sus partidarios la posibilidad de reflexionar acerca de su proyecto. Les daba un plazo para dar el paso hacia una perspectiva diferente. Ese plazo terminó con el encuentro tenido al día siguiente, al otro lado del lago. Las gentes vinieron a su encuentro:

«Lo encontraron en la orilla del lago y le preguntaron:

—Maestro, ¿cuándo has venido?

Jesús les contestó:

—Sí, os lo aseguro: No me buscáis porque hayáis percibido señales, sino porque habéis comido pan hasta saciaros» (39)

Está claro cómo Jesús no contesta a la pregunta que le hace la gente. Les invita a plantearse ellos mismos la pregunta sobre el proyecto que les ha hecho correr detrás de él. Se encara con ellos acerca de ese proyecto:

«No trabajéis por el alimento que se acaba, sino por el alimento que dura dando una vida sin término.» (40)

A menudo se traduce esta palabra de Jesús como «trabajad». Es

mejor traducir por el verbo «obrar», para mantenerse dentro de la lógica de la discusión. Los interlocutores de Jesús comprendieron, en efecto, que Jesús acaba de invitarles a «obrar las obras de Dios». De donde su pregunta:

«—Y ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere?» (41)

Para los judíos contemporáneos de Jesús, las «obras de Dios» eran todas las acciones por las cuales, obedeciendo a la Ley de Moisés, hacían que se acercase el Reino de Dios esperado por su pueblo. Un dicho de los rabinos afirmaba que si la Ley fuese obedecida perfectamente por el pueblo entero, aunque no fuera más que un momento, el Reino sería instaurado desde ese mismo instante. La pregunta que le plantean a Jesús sus interlocutores es, pues, perfectamente coherente con su proyecto. La víspera habían pensado que «tomar a Jesús para hacerle rey» era hacer la obra de Dios, pues Jesús parecía ser el profeta anunciado en la Ley. La respuesta de Jesús pone en evidencia la distancia que separa su pensamiento del de sus interlocutores.

«La obra que Dios quiere es ésta: que tengáis fe en su enviado.»
(42)

Ellos preguntaban a Jesús sobre la obra que debían hacer. Como

«obra para hacer», Jesús les dice que crean en él. Y como prueba de que creen, les pide que le consideren a él como el verdadero pan que Dios les da para ser comido. Para estas gentes que han ido al encuentro de Jesús para convencerle de que se ponga al frente de ellos, las palabras de Jesús van a contrapelo de todo lo que ellos podían imaginar. Creían haber encontrado al profeta que haría llegar el Reino sometiendo a todos los hijos de Israel a una práctica idéntica de la Ley. Y este hombre les exige que renuncien a un proyecto que, sin embargo, es conforme a ciertas palabras de Dios en la Escritura... El comportamiento político de Jesús se basa en el hecho de que el Reino de Dios no puede llegar por la puesta en práctica de proyectos. En todo proyecto, los hombres sacrifican parte de su libertad y, con mucha frecuencia, toda la libertad de los demás. El Reino llega si los hombres creen en aquel que Dios ha enviado. Y creer en él se testimonia con el hecho de hacer de él la propia comida y bebida. Tal es la propuesta del Evangelio. En continuidad con la experiencia bíblica, Jesús pone aquí en cuestión todos aquellos ser uno que quieren instaurar los hombres, renunciando, de uno u otro modo, a su propia libertad. Para salvaguardar la libertad de todos y de cada uno, sólo hay un camino: creer. No se trata de entregarse sin más en manos de un jefe, por

competente y justo que sea. Tampoco se trata de entregarse sin más en manos de Jesucristo. Se trata únicamente de creer en él. El problema político cambiará entonces en los elementos más fundamentales de su enunciado.

La Eucaristía, viático hacia la libertad que hay que instaurar conjuntamente

En el enunciado del problema político, el elemento decisivo es el modo como los miembros de una misma sociedad y las diferentes sociedades o naciones se miran unos a otros. La experiencia cotidiana demuestra que es una mirada en la que los individuos y los grupos se consideran, en primer lugar y mutuamente, como amenaza. Las naciones se consideran como competidores y adversarios eventuales: la carrera de armamentos se basa en este principio. Pero lo mismo ocurre dentro de cada nación y entre los diferentes grupos políticos. Incluso en países de vieja tradición democrática, los partidos se consideran espontáneamente unos a otros como portadores de amenaza: se envidian y se roban las clientelas electorales... Todas estas prácticas, o sus equivalentes, han ocurrido también en la experiencia bíblica. Pero la experiencia bíblica las denuncia en la medida en que llegan a sintetizarse: en el personaje del Siervo sufriente. Importa poco que este personaje corresponda a un individuo dentro del pueblo

de Israel o al pueblo mismo en su relación con los demás pueblos. En ambos casos, se impone la misma lección: los hombres (como individuos o como grupos) deben renunciar a considerarse como una amenaza los unos para los otros. Esta es la toma de conciencia realizada por los hijos de Israel que a ello se prestaron.

El discurso acerca del Pan de vida y la institución de la Eucaristía deben ser comprendidos en continuidad con esta toma de conciencia.

La pedagogía ejercida con el pueblo de Dios a lo largo de la experiencia bíblica, alcanza su meta en la Eucaristía en cuanto Asamblea. Jesús, al presentarse como alimento con el que hay que sustentarse y como bebida que hay que beber no está pidiendo a los hombres que le reconozcan como pan para su hambre o bebida para su sed. Se presenta a ellos como revelación de su verdadera hambre y verdadera sed. Jesús sabe que el movimiento profundo del deseo que despierta sus corazones de hombres y de mujeres bastará por sí mismo para reunirles a todos en el ser uno con él:

«Todos los que el Padre me entrega se acercarán a mí y al que se acerca a mí no lo echo fuera; porque no he bajado del cielo para realizar un designio mío, sino el designio del que me envió. Y éste es el designio del que me envió: que no pierda a ninguno de los que

me ha entregado, sino que los resucite a todos el último día» (43)

Este texto es una declaración de contenido político. Jesús presenta en él la reunión de los hombres como fruto del movimiento que les empuja desde dentro, desde su propio deseo puesto por el Padre en su corazón. Gracias a este movimiento, se cumple la voluntad del Padre de reunir a todos los hombres: el Reino de Dios es instaurado. La Eucaristía como Asamblea hace ver este cumplimiento ya realizado, allí donde unos hombres y mujeres participan entre ellos del pan partido y el vino derramado, haciendo memoria de Jesús. Con esta comida y bebida de Jesús, los que participan en la mesa de la Eucaristía se convierten en el Reino de Dios instaurado. Las primeras comunidades cristianas tuvieron muy rápidamente conciencia de que la «fracción del pan» les constituía en Reino de Dios ya llegado.

ECCLESIA/SINAGOGA: Esta toma de conciencia contribuyó probablemente a hacer que la palabra «Ecclesia» (Iglesia) se impusiera poco a poco, con preferencia a la palabra Sinagoga, para designar a la Asamblea de hermanos y hermanas reunidos para la Comida del Señor. En el lenguaje de la época, la palabra Ecclesia tenía un contenido claramente político. Era el término para designar a las asambleas de ciudadanos que se reunían para tratar los asuntos de la ciudad. La

elección de esta palabra, con preferencia sobre la de Sinagoga, no fue inspirada por el deseo de romper con el mundo judío, como algunos han insinuado con frecuencia. Se debe al hecho de que la Sinagoga era una asamblea de tipo religioso, entre gente que tenía afinidades teológicas particulares, así como lingüísticas. La Ecclesia no es una asamblea de tipo religioso. Es la Asamblea de los hijos del Reino reunidos para tratar de los asuntos del Reino participando en el banquete del Reino. Su contenido primero es de orden político. En ella se hace la experiencia del ser uno hacia el que son empujados los corazones humanos desde su deseo: un ser uno en el que la libertad de cada uno puede desplegarse libremente. En ella nadie se encuentra sometido por el proyecto personal o colectivo de otros. Todos se ven, en ella, como miembros del único Cuerpo del que se alimentan partiendo el mismo pan y calmando su sed bebiendo de la misma copa. Pero esta visión es, por supuesto, una visión en la fe. Sólo la fe permite, a gente de opiniones opuestas e incluso a enemigas, mirarse de modo que ninguno vea al otro como amenaza. En momentos de máxima tensión (en el campo de batalla, o un período de huelga), será necesaria tanta fe por lo menos, para verse unos a otros como un mismo Cuerpo de Cristo, como para ver a este mismo Cuerpo de Cristo bajo las apariencias de un poco de pan y un poco de

vino.

Este acto de fe tal vez no sea posible más que a través de la angustia.

Se revivirán, entonces, las pruebas soportadas por los profetas a manos

del pueblo elegido, y las que soportó este mismo pueblo a manos de las

otras naciones, y las que soportó Jesús a manos de los hombres y de

los Doce. En algunos casos, el acto de fe no superará la angustia más

que como un acto de fe desesperado (44). La Asamblea no podrá

subsistir si no es en razón de que sus miembros hayan querido, todos

ellos, «permanecer hasta el fin con Jesús en sus pruebas».

La existencia de la Asamblea no es actualmente un dato dado de

antemano. El pensamiento común de los creyentes está más influenciado de lo que se piensa por el mito del pluralismo. Y este mito

no es, muchas veces, más que una forma encubierta de intolerancia.

Permite formular muy buenas razones para no pasar de ser una reunión

de semejantes. Es, pues, hora de volver a decir que sólo la fe da

existencia a la Asamblea. Lo mismo que Jesús creyó en los Doce hasta

el punto de ponerse en sus manos precisamente cuando Pedro le iba a

negar y Judas le iba a traicionar, hay que creer en los hombres y

mujeres con quienes se realiza la Asamblea eucarística. Hay que creer

en ellos como gente capaz de despertar al verdadero deseo que quiere

abrirse paso en la profundidad de su corazón. Aun a riesgo de ser negados o traicionados, se trata de creer que también ellos pueden llegar a desear la libertad de los demás con el mismo deseo con el que desean su propia libertad.

Concebida de este modo, la Eucaristía se convierte en el espacio apto para una extraordinaria profundización, por parte del hombre, en su vocación política.

Hace posible el reencuentro y el diálogo entre hombres diferentes sin requerir ese ruín «mínimo común denominador» que constituye una amenaza que hay que evitar, un adversario que hay que combatir, un tirano que hay que derribar. Es un lugar en el que los adversarios pueden exorcizar, aunque sólo sea durante una hora, el demonio de la mutua sospecha que les posee el resto del tiempo. Es la orilla desde la cual el hombre puede tomar la distancia necesaria, respecto a las tormentas de lo cotidiano, para relativizar los absolutos y desacralizar los ídolos del poder.

Como Asamblea, la Eucaristía es viático. Quien se alimenta con esta Asamblea por la visión de la fe, sabe por experiencia que lo esencial de la celebración no está en el hecho de que ésta sea entre gente que se dan mutuo calor afectivo o ideológico al encontrarse juntos. Lo esencial de la celebración reside en el don que el hombre recibe: el don

de despertar al verdadero deseo de la libertad para el que todos hemos sido creados. La aspiración a un ser uno en que la libertad de cada uno esté preservada, aparece cada vez más a los hombres como un sueño imposible, una utopía, buena para dinamizar, pero a la que no podemos esperar llegar nunca. La Eucaristía como Asamblea, dice a los hombres que es posible alcanzar este horizonte. Y esto es precisamente lo que perciben quienes dejan que Dios ejerza en ellos la pedagogía de que es portadora la Eucaristía. Participar en la Eucaristía viviéndola como Asamblea, es proveerse de viático para los difíciles combates sin los cuales no puede instaurarse un mundo en el que los hombres sean conjuntamente libres. La Eucaristía no niega la angustia que suscitan en el hombre los problemas del poder. Pero permite al hombre vivirla sin perder aquel deseo con el que un hombre, para ser hombre, debe desear la libertad. Como Asamblea, la Eucaristía es, para los hombres, iniciación a su verdadero deseo de libertad y, al mismo tiempo, viático para obedecer al impulso de este deseo: hasta la libertad cuya fuente es el Padre en el misterio de Dios. Por esto la Eucaristía es un interrogante planteado al hombre acerca de todas las prácticas por las que quiere asegurar su ser uno según sus

diferentes tipos de reunión y asociación. Para quienes quieren acogerlo, este interrogante puede formularse en términos sencillos. Basta con preguntarse «¿Qué tiene que ver el ser uno con nuestra vida?». Partidos, familias, naciones, sindicatos, asociaciones de todo tipo, hablan de unidad. ¿Qué tiene que ver, en la vida práctica, esta obsesión de ser uno? ¿Se trata únicamente de poner fin a la soledad sintiéndose a gusto al calor, o de acabar con la inseguridad sintiéndose fuertes? ¿Debemos alegrarnos de estos pasos que son el uno, una vuelta al seno materno (búsquedas intimistas de fusión), y el otro, una vuelta a la seguridad tribal (búsquedas de unanimidad de ideología y decisión)? Todos estos modos de buscar el ser uno no pueden sino engendrar regresiones. Violentan al hombre impidiéndole crecer hasta su plenitud de hombre o de mujer. ¿El dominio de lo político será únicamente el lugar propio de la violencia ejercida sobre los hombres? ¿O será, en la vida humana, un lugar privilegiado para el despertar de esta «bella durmiente del bosque» que es el amanecer del deseo humano como deseo de libertad? Como Asamblea, la Eucaristía aspira a un ser uno en el que no se ejerza ninguna violencia sobre el hombre. Para ello, todos los miembros de la Asamblea se hacen violencia a sí mismos, por la docilidad

al
Espíritu, que les da el deseo de «permanecer hasta el fin con Jesús en sus pruebas». En ese momento, saben que el Espíritu está allí, que ora en su corazones... Vivida en esta dependencia respecto del Espíritu, la Asamblea eucarística da testimonio de que se puede instaurar un ser uno que no sea fruto de la dominación de unos pocos sobre el conjunto o de la dimisión del conjunto en manos de unos pocos. En este punto, la Asamblea eucarística podría ser ciertamente una instancia crítica que permita a los hombres juzgar acerca de los procedimientos mediante los cuales, en todos los campos, pretenden instaurar la unidad. El hecho de ser una instancia crítica para juzgar de los procedimientos que hay que llevar a cabo en todo lugar donde se busca la unidad, es quizá el aspecto por el que la Eucaristía interpela a nuestro mundo actual con más fuerza. La humanidad ha tomado conciencia de las condiciones reales de su ser en el mundo, en el planeta tierra. Esta toma de conciencia presenta como urgentes las disposiciones que mejor aseguren el ser uno del mundo de los hombres. La Asamblea eucarística invita a los hombres a rechazar que ese ser uno sea un acuartelamiento o un meter en cintura a todos so pretexto de hacer posible el buen funcionamiento del conjunto. El ser uno al que deben

tender los hombres, no puede ser humano si no se logra realizando para todos el deseo que hace del ser humano un hombre o una mujer en su mayor profundidad: el deseo de libertad...

Para un proceso de Revisión de Vida.

(Si se trata de hechos en los que está en juego algún tipo de unidad.)

La Eucaristía ayuda a la transparencia de la mirada sobre la unidad de las colectividades.

- 1) La búsqueda de la unidad es una de las señales del Reino de Dios.
- 2) Cuanto más nos acercamos al Reino de Dios, ansiamos menos la unidad como ser uno (número, calor, fuerza. . .). Ansiamos ser «conjuntamente libres».
- 3) El acceso al Reino queda atestiguado por el hecho de que, aunque fuera necesario perderse a sí mismos, se desea la libertad para los demás con el mismo deseo con que se la desea para uno mismo.

Intermedio:

Eucaristía y vida trinitaria

Meditar en la Eucaristía en cuanto es Mesa, Palabra y Asamblea, permite discernir en qué sentido la Eucaristía corresponde a los aspectos fundamentales de la existencia humana. La reciprocidad de

mesa, la identidad por la palabra, la libertad en la asamblea, son componentes esenciales del ser-hombre. Si falta uno solo de estos elementos, el ser humano no alcanza su plenitud.

Estos tres elementos indispensables corresponden a los tres campos

de la economía, la cultura y la política. En cada uno de estos

tres terrenos, la Eucaristía interpela a los hombres. Les despierta y les sostiene en su deseo de realizarse como hombres en su plenitud de seres humanos. Estos tres dominios son en efecto el triple reflejo de nuestras existencias de la triple mirada bajo la que se revela la plenitud de la Vida en Jesucristo. En el misterio de Vida que es Dios, el Espíritu es la Mesa en la que participan el Padre y el Hijo; el Hijo es la Palabra que intercambian el Padre y el Espíritu; el Padre es la Asamblea en la que el Hijo y el Espíritu se reconocen. Economía, cultura y política son, en la vida de los hombres, el triple reflejo del bullir interior que es la Vida en el misterio del Dios Vivo. Como Mesa, Palabra y Asamblea, la Eucaristía señala a los hombres el alcance de su verdadero deseo humano. Su verdad última es introducir a los hombres en el universo de Dios tomando de alguna manera a los hombres de la mano, a partir de la experiencia que hacen de su propio destino humano. Por la Eucaristía, el hombre se inicia en el universo de Dios como el único horizonte que corresponde a la dignidad humana. Por la Eucaristía, el hombre se provee de fuerzas necesarias para la travesía que hay que hacer hacia este universo de playas desconocidas. La Eucaristía es iniciación. Es también viático. Pero no lo

es únicamente «in articulo mortis»... Es viático para todos los hombres que, a lo largo de su vida, se niegan a seguir a máquina parada ignorando o rechazando su verdadero deseo como si ya estuviesen muertos.

Es decir, que la Eucaristía, para ser reconocida en su verdad de iniciación y de viático, debe ser acogida en lo concreto de la existencia

humana tomada en su totalidad.

Relegarla únicamente al campo de la actividad religiosa del hombre,

no es acoger la Eucaristía en lo concreto de la existencia humana

tomada en su totalidad. La Eucaristía no es un «pequeño departamento

de lo cultural» que se limita al aspecto cultural de la cultura. La Eucaristía

engloba todo lo cultural al mismo tiempo que todo el campo de lo

económico y de lo político. Cuando se la reduce a ser tan sólo un acto

de culto, se elimina de la Eucaristía la casi totalidad del campo de la vida

humana.

EU/ADORNO-DE-FIESTAS: Una mirada atenta a las evoluciones que

han marcado la vida cristiana a lo largo de los últimos siglos demuestra

que, sin embargo, las cosas han sido ciertamente así.

Convirtiéndose poco a poco en un acto de culto por el que la religión

cristiana se distingue de las otras religiones, la Eucaristía ha sido

relegada como una más del repertorio de las prácticas de piedad. El lazo

de unión entre la Eucaristía y la vida se limitaba a exigir que

después de haber asistido a misa, se fuese más delicado con los demás en la vida cotidiana. Pero al reducir así la Eucaristía a las dimensiones de un acto religioso, se acaba por ignorar su contenido trinitario. Se ve en ella solamente la más prestigiosa de las pompas religiosas. Una sociedad deísta puede hacer de ella el ornato de sus festividades: desde las fiestas nacionales o locales hasta las conmemoraciones de las victorias, entre el desfile de las mayoretes y el minuto de silencio ante el monumento a los muertos. La Comida del Señor se convierte así en el adorno folklórico con que la sociedad liberal adorna sus fiestas, al no haber sabido (o no haber podido) encontrar liturgias populares que fuesen verdaderamente suyas. Sería ya tiempo de desgajar la Eucaristía de las prácticas que la paganizan y la secularizan reduciéndola a las dimensiones de un simple acto de religión que se destaca en la antropología religiosa con el mismo título que los granos de arroz, o de incienso, el zen y el zazen... La Eucaristía no concierne a los hombres sólo bajo el aspecto de su vida religiosa. Concierne a los hombres en todas las realidades de su vida humana. Si se la recibe en su vinculación con la vida toda, se posibilita el medio para no secularizarla. Este vínculo con la vida obliga a reconocer en ella un don de Dios y no un rito inventado por el hombre. Y

la reflexión de la fe sobre la vida, permite comprender que la fuente última de este don hay que buscar]a en el secreto de la Vida Trinitaria.

Esta será la última etapa del recorrido que hemos comenzado. Esta última etapa debería ayudarnos a comprender mejor aún lo que Jesús quiso decir al presentarse a los suyos como quien ha deseado ardientemente.

M. ABDON SANTANER
EL DESEO DE JESÚS

La Eucaristía como Mesa, Palabra y Asamblea
Sal Terrae. Colección ALCANCE 24
Santander 1982. Págs. 109-154

.....

(1) Mt 26, 20-25 y 30-35; Mc 14, 17-21 y 26-31.

(2) Lc 22 19-20.

(3) Mt 20 25-27, Mc 10, 42-44.

(4) Lc 22 28-30.

(5) Jn 16, 32.

(6) Mc 3, 16.

(7) Lc 22, 25-27; Jn 13, 13-20.

(8) Lc 22, 41-46.

(9) Mt 19, 21.

(10) Jn 6, 67.

(11) Lc 22, 24.

(12) Lc 12, 50.

(13) Mc 10, 38.

(14) Gn 12, 2; Gn 17, 5.

(15) Gen 17, 16.

(16) Gen 37, 5-11 y 19-20.

(17) Ex 2, 23.

(18) 2 Sa 2, 8-11, 2 Sa 5, 1-3; 1 Re 11, 26; 1 Re 12, 16, Jue 8 1-3.

- (19) Éx 5, 20-21.
- (20) Num 14.4.
- (21) Jue 11,5.
- (22) 1 Sa 8 5.
- (23) 1 Sa 8 19; 1 Sa 11,7.
- (24) Jue 21, 25; 1 Sa 8, 10418.
- (25) 1 Sa 8,7.
- (26) Num 14, 10-20.
- (27) Jer 21.
- (28) 1 Sa 15,34.
- (29) Jer 26; Is 20; Ez 3 35.
- (30) Is 50, 4-8.
- (31) Is 49,4.
- (32) Jer 31, 10.
- (33) Jer 31, 27; Za 9, 10; Abd 1, 18; Os 2, 2; Jer 3 18.
- (34) Is 66. 18: Jer 16. 19: So 3. 9 y 20.
- (35) Is 49, 6.
- (36) Za 9, 9-10.
- (37) Jn 6, 15.
- (38) Jn 6, 26.
- (39) Jn 6, 25-26; Jn 7, 34.
- (40) Jn 6, 27, Jn 17, 4.
- (41) Jn 6, 28; Jn 10, 37.
- (42) Jn 6, 29; Jn 5, 37-38; Jn 9, 35-38; Jn 11, 25-26.
- (43) Jn 6, 37-40; Jn 12, 32; Za 12, 10.